

Sillas que piensan

Ahora que estamos *ad portas* de una elección presidencial en la que el futuro parece depender por completo de las personalidades y las ideologías, es bueno recordar que las sillas en las que se sientan los funcionarios públicos juegan un papel tanto o más importante a la hora de gobernar.

La historia económica de Colombia no se cuenta en función de los cambios de gobierno. Su hilo conductor son los llamados choques externos, positivos y negativos, que delimitan las opciones. La pericia -o la falta de ella- de los funcionarios para entender el entorno y adoptar las mejores políticas es lo que la hace interesante. No es una historia de personalidades. Es una historia de circunstancias y de la capacidad de los protagonistas para administrarlas.

Es un hecho que el próximo gobierno tendrá que enfrentar un entorno externo muy complejo, del que ni el presidente o su ministro de Hacienda podrán sustraerse, sea cual sea su ideología.

Al cierre de 2021, cuando se pensaba que lo peor ya estaba atrás, la economía tenía tres grandes desajustes: una inflación anual de 5,6 %, un déficit fiscal de 7,1 % del PIB y un desbalance externo (exceso de importaciones sobre exportaciones) de 5,7 % del PIB. Hace cinco meses se creía que corregir esta situación sería el reto del nuevo gobierno.

Sin embargo, el azar tenía otros planes. La guerra en Ucrania -con su impacto sobre los precios de los alimentos, combustibles y fertilizantes- y la nueva postura



Aquí y ahora

Mauricio Cárdenas

de la Reserva Federal en Estados Unidos, cuyo presidente advirtió esta semana que las medidas para controlar la inflación van a causar “algún dolor”, cambiaron el panorama. Ahora se habla de la inminencia de una recesión en Europa y hay una probabilidad no despreciable de que también ocurra en Norteamérica.

La historia enseña también que la mezcla de grandes desbalances iniciales acompañados de nuevas fuerzas disruptivas exige prepararse para lo peor: estamos frente a un eventual huracán de categoría 5. El tablero de control así lo indica: la inflación anual está en 9,2 % y sigue al alza; la tasa de interés todavía está lejos del nivel requerido para poner en cintura el aumento de precios, y el dólar superó 4.125 pesos esta semana. Como si esto fuera poco, no obstante el mayor ingreso fiscal por causa del petróleo y el mayor recaudo de impuestos, las finanzas públicas se pueden deteriorar muy rápidamente debido a los gigantes subsidios a los combustibles, y el efecto de las mayores tasas de interés y la devaluación sobre el costo de la deuda.

Inflación, devaluación y presiones fiscales están cómodamente esperando en la silla al nuevo gobierno. Nada de esto cambiará en función del resultado electoral.

Si el próximo gobierno llega con la idea de aumentar el gasto público para cumplir con sus promesas de campaña, estaremos en la antesala de una crisis. Ante una política fiscal más expansionista, el Banco de la República tendría que aumentar mucho más las tasas de interés y el dólar se dispararía, pues los inversionistas extranjeros procederían a liquidar algunos de sus activos en pesos.

Gane quien gane, el próximo gobierno tendrá que proponer un plan de ajuste fiscal gradual y creíble. Es lo que acaba de hacer Chile, donde la silla actuó y propició un cambio de 180 grados en la forma de pensar de su nuevo ocupante.

Colombia necesita un ajuste fiscal de un punto del PIB por año durante los próximos cuatro años. Esto va a requerir mayorías en el Congreso y aceptación en la calle. Como el electorado está dividido y ninguno de los candidatos cuenta con estos dos requisitos, va a ser necesario deponer diferencias y construir un nuevo pacto, audaz en lo social y responsable en lo económico. Ojalá que los dos candidatos más opcionados puedan ejercer ese tipo de liderazgo.

Esto se ha dicho muchas veces. La diferencia es que en esta ocasión hay que actuar rápido. Si algo nos enseña esa historia llena de episodios y alejada de las personalidades es que quienes se demoran en entender el entorno externo salen mal librados.